

TERCERA CARTA.

DEL CULTO DE JESUCRISTO EN LA IGLESIA.

Colegio de Sorèze 23 de junio de 1858.

La Escritura es la vida de Jesucristo en lo pasado; ella es inmortal como Él, como Él está llena de gracia y de verdad; es la misma palabra de Dios, pues si los hombres han prestado su mano para escribirla, la han escrito bajo la inspiracion directa del Espíritu Santo, y con el sello de una eleccion que les hizo profetas. Ninguna pluma ha recibido despues el portentoso don de escribir la palabra de Dios, ni la pluma de los Padres, ni la de los concilios, ni la de los romanos Pontífices. Asistidos de lo alto en diversa medida, dotados hasta de la infalibilidad doctrinal, estos no han hecho otra cosa que interpretar la antigua voz de las Escrituras ó de las tradiciones; y el libro de la divina palabra, terminado para siempre, quedando abierto no ha obtenido de ellos sino la gloria de su verdadera claridad.

No obstante, no son las Escrituras el lugar donde encontramos á Jesucristo mas cercano á nosotros. Allí lo tenemos presente en las profecías que lo anunciaron, y en los hechos que él mismo practicó en la tierra; mas aquellas profecías son del dominio de la antigüedad, estos hechos pertenecen á la historia, y auténtica como es esta historia, viva como es esta antigüedad, aparécennos ambas en lontananza, al través de las edades, en virtud del monumento que las hace subsistir ante nosotros. Si no nos

quedase mas que esto de Jesucristo, seria él sin duda el mas augusto recuerdo del mundo, pero no seria su alma y su salvacion. Diríase de él, que fue anunciado como un Dios, que vivió y murió como un Dios; pero limitada su obra á su persona, admiraríamos sin comprenderla tan extraordinaria aparicion, y la fe, no descubriendo mas allá ningun efecto correspondiente á tal causa, recogeríase sobre sí misma en la esterilidad de una silenciosa admiracion. No hay criatura que no deje sobre la tierra una huella de su paso. Conquistadores ha habido que fundaron imperios, filósofos que establecieron escuelas, ¿y por ser Dios, solo Jesucristo se hubiera disipado por entero, incapaz ó poco cuidadoso de justificar su venida por la inmortalidad de sus resultados? No es así, querido Manuel, vos lo sabeis, y Jesucristo, próximo á dejar sus discípulos para regresar á su Padre, les dirige como despedida esta suprema palabra: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar mis mandamientos, y hé aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos*(1).

Esta palabra se cumplió al pié de la letra. Jesucristo no ha dejado de ejercer aquí abajo un soberano poder; sus Apóstoles convirtieron el imperio romano al culto de su persona y de sus leyes; subyugaron á los bárbaros enviados contra Roma para destruirla, y convirtieron sus victoriosas hordas en una civilizacion que todavía subsiste y se propaga cada dia con el Evangelio, que es á la vez su obra y su instrumento. Hicieron mas; en el foco de esta civilizacion, compuesto de pueblos diversos y muchas veces enemistados, constituyeron la paz de una sociedad única y univer-

(1) Matth. xxviii; 18 et seq.

sal, depositaria reconocida de las revelaciones de Cristo, de sus mandamientos, de su gracia, de sus virtudes, de sus derechos y de su poder, y que, sin otro apoyo que el suyo, sostiene bajo el cetro de un solo hombre, vicario del solo Señor, toda conciencia que teme y toda inteligencia que sabe. En ella, sin distincion de raza ni de patria, reina Jesucristo y cumple aquella su promesa de estar con los suyos hasta el fin de las edades; en ella se le escucha por órgano de la jerarquía que le representa y de la que es Él invisible cumbre; en ella se le ve en un poder contra el cual se estrellan todos los poderes, y que no tiene otra explicacion que la oculta espada de su mano; en ella se le ve y palpa revestido de una santidad que el corazon del hombre por sí solo es incapaz de producir; en ella se le respira como un perfume que se eleva del alma á los sentidos y les consuela de los sacrificios consagrados á gozo tan divino; en ella se le gusta como comida inmaterial, pero que se manifiesta á lo mas profundo del ser por el crepúsculo de una vida que todavía no puede ser la nuestra; en ella finalmente viven las mismas Escrituras con sus Patriarcas, con sus Profetas, con sus Mártires, todos sus siglos y todas sus luces, no ya como un simple monumento de una antigua historia, sino como palabra de Dios asistida del mismo espíritu que la dictó, y teniendo en unos labios que jamás se cierran un órgano infalible de su divinidad.

La Iglesia, pues es á ella á quien acabo de definir, es la sociedad de las almas por el amor de Dios. Todo el que ama á Dios es su miembro vivo, sea cual fuere el cielo bajo el que se ampare, sea cual fuere la edad en que exista. *Dos amores constituyeron dos ciudades*, dijo san Agustin; el amor de este mundo constituyó la ciudad de los hombres, el amor de Dios constituyó la ciudad de Dios, y á este amor Jesucristo lo engen-

dró; es Él, quien desde el origen de las cosas, inmolado por nosotros de antemano, ha conmovido con su suplicio nuestra sangre, demasiado fria y culpable, para dirigirse naturalmente á Dios. Muerto por amor, él creó el amor que muere, y la sociedad de las almas quedó fundada por él sobre este indestructible cimientto. Es verdad que no todos conocen el origen del fuego que les consume. Hay quienes no pueden nombrar á Jesucristo, porque Jesucristo no les fue nombrado jamás. Víctimas oscuras de la cruz que les salvó, no han podido llegar, por su nacimiento, al pié del Calvario; no han visto al Hombre-Dios en la agonía que sufrió para su salud. Mas una gota de aquella sangre ha ido á parar sobre ellos al través de invisibles surcos; y mezclada con la suya como un aroma de eterna vida, han respondido con un tácito gemido al sordo llamamiento de la caridad. La Iglesia no es, pues, solamente lo que nos parece; no reside únicamente en esta organizacion visible donde todo es historia, autenticidad, jerarquía, virtudes y milagros estupendos; existe tambien entre semiapagados resplandores, bajo las desvanecidas sombras, en lo que no tiene aun forma ni memoria; santidades que se escapan á la vision de los hombres, pero no á la de los Ángeles, y que nada concediendo al orgullo legítimo de la verdad, no obstante le construyen bajo de tierra un fundamento que la sostiene. Por otra parte no hay alma, ni siquiera la mas conocida, que no cuente con un santuario impenetrable, y que deje de ofrecer á Dios en aquel *sancta sanctorum* un misterioso incienso que no sirve para la demostracion de este mundo, pero que pesa mucho en la gloria del otro. Á los que no ven la Iglesia sino por lo que en ella es visible, les dirigimos en nuestro interior una respuesta que no les convence, pero que nos convence á nosotros mismos, y nos vuelve tanto mas fuertes cuan-

tonada tenemos que contestar. Tampoco la creacion se reduce á los luminosos globos del firmamento; no se halla entera en los cedros de Salomon, en las olas de los grandes mares, en las alas del águila y la mirada del leon; encuéntrase tambien en la arena del desierto, en la yerba que se inclina al peso de una gota de agua, en el insecto que sin verlo el sol calienta. El amor, que constituye el fondo de la Iglesia, es el flúido viviente mas impalpable, y si todavía el ojo del hombre no ha podido sorprender en el blando hilo de sus nervios la ambrosía que le anima, ¿cuánto mas ignorará las vias del amor divino? El Evangelio ha mandado á nuestra mano izquierda no investigar los beneficios por la derecha dispensados; y si tal debe ser el secreto de la limosna, que es una virtud exterior, ¿cuál no deberá ser el pudor del amor en sus arrobamientos interiores sobre el lecho nupcial y sangriento de Jesucristo?

Á vos me dirijo, Manuel; aunque sois jóven en los misterios del alma, sabeis no obstante de ellos lo bastante para no limitar la Iglesia dentro los muros visibles de Jerusalem y las exteriores torres de Sion. Donde quiera que hay amor de Dios, allí se encuentra Jesucristo; donde quiera que Jesucristo esté, la Iglesia se encuentra con él, y siendo verdad que todo cristiano deba unirse al cuerpo de la Iglesia desde que conoce su existencia, no lo es menos que la ignorancia invencible le exime de esta ley para dejarle bajo el inmediato gobierno de Jesucristo, primero y soberano jefe de toda la cristiandad. La Iglesia tiene, pues, una extension que ninguna humana mirada puede alcanzar; de modo que aquellos que nos oponen las fronteras que parecen limitarla á sus ojos, no tienen la menor idea de la doble irradiacion propia de su naturaleza, y que le suscita almas en el Oriente y en el Occidente del mundo, bajo el sol declinante y bajo el sol saliente.

Mas, no son únicamente las almas heridas por el amor de Dios las que pertenecen á la Iglesia. Admirable seria una sociedad constituida de justos: sin embargo, faltaria una cosa á la que se inclina la divina bondad; faltarian los pecadores: pues Jesucristo les amó demasiado para excluirles de su obra y de toda sociedad con él. *No he venido, decia, á llamar á los justos, sino á los pecadores* (1). Los justos son los que aman, los pecadores los que no aman. Apartados de Dios por una debilidad imputable á sus culpas y tambien á las de sus padres, guardan con todo en su alejamiento la posibilidad de la conversion. Sus corazones cambiaron de rumbo, pero no están apagados. Dios ve en ellos pliegues donde sobrevive aun un resto de fuego; descubre allí lineamientos secretos destinados al arrepentimiento, puertas entreabiertas á la luz, recuerdos que encierran esperanzas, algunas veces un solo punto, que quedó invulnerable, y por el cual la vida volverá á entrar súbitamente, como un huésped dormido en el umbral. Los pecadores son para la gracia de Dios, lo que el caos para su poder en tiempo de la creacion. *La tierra, dice la Escritura, estaba desnuda y vacia, y las tinieblas cubrian la faz del abismo; mas, añade, el espíritu de Dios se cernia sobre las aguas* (2). Lo propio acontece con el alma pecadora: el espíritu de Dios se cierne sobre sus ruinas como un bálsamo y como un gérmen, un gérmen que excita la vida, y un bálsamo que cicatriza los golpes de la muerte.

No obstante, era imposible, sin un arte lleno de misericordia, que el pecador fuese un miembro real de la Iglesia de Cristo, pues que esta Iglesia se halla fundada sobre el amor, y el pecador no ama. Plugo, pero, á Jesucristo, adherirlo firmemente á ella por un

(1) Matth. ix, 13. — (2) Genes. i, 2.

artificio digno de la sangre que salvó el mundo. Instituyóse un Sacramento que debía sembrar en el alma, aun sin saberlo ella, el gérmen de todas las virtudes cristianas, la ley de la unción del Espíritu Santo, y grabar en ella para siempre el carácter indeleble de su vocación á Jesucristo, á la Iglesia, á la eternidad. Es aquel Sacramento del cual san Juan en el desierto decia: *Yo os bautizo con agua; pero otro que es mas que yo, al que yo no soy digno de desatar su calzado, os bautizará en el Espíritu Santo y con fuego* (1); Sacramento que el mismo Jesucristo quiso recibir de manos de su Precursor, y del que decia, despues de haberlo transformado en altísima bendición: *Id, bautizad á todas las naciones*. El Bautismo, que es á la vez un símbolo, un remedio y una iniciación; símbolo de pureza, remedio del pecado original, iniciación eficaz á la vida sobrenatural, es al mismo tiempo el fundamento invisible y exterior de la comunión de los santos. Ó bien uno le permanece fiel por medio de las virtudes de las que es oculta fuente, en cuyo caso el alma florece en la Iglesia como una planta se desarrolla sobre su tronco en medio del campo que la ha concebido y que la nutre; ó bien se hace traición á su gracia por una servidumbre ó esclavitud voluntaria al mundo, en cuyo otro caso todavía el alma está unida á la Iglesia como una raíz inculta y sin frutos se adhiere á la tierra que la lleva y puede fecundarla. En vano el pecador contrista el amor con su indiferencia; quédanle aun la esperanza y la fe para conservarlas en pie ante Dios. Y hasta en vano es que abdique la esperanza y abandone la fe: ambas, y con ellas el amor, subsisten en gérmen en el sagrado carácter de su bautismo, como el río enjuto por el calor subsiste en gérmen en el manantial, que puede

(1) Luc. III, 16.

devolverle sus aguas, y en las desoladas riberas que esperan su avenida.

Á pesar nuestro el Bautismo nos mantiene adheridos á la fe, á la esperanza y al amor. No bastan á desgajarnos de estas ni el ímpetu del vicio, ni la irreflexión de la incredulidad: necesitase por nuestra parte una apostasía formal, ó por parte de la Iglesia una excomunicación entera. Excepto en uno de estos casos, ambos extremos, el alma bautizada permanece en la Iglesia, que la ha teñido con la sangre de Jesucristo, y ha impreso en su vestidura interior su indestructible mancha.

¡Oh! querido Manuel; ¡cuánto he amado yo siempre esta admirable economía que ha hecho tan alta y tan espaciosa la puerta de entrada á la ciudad de Dios, y que ha bajado, estrechado y reducido tanto la puerta de su salida! Repetidas veces tristes sectarios intentaron maldecir los pecadores y arrojarlos del seno de la Iglesia; mas la Iglesia, fiel á los ejemplos y doctrina de su Maestro, siempre les ha conservado en lo mas profundo de sus entrañas, recordando *que hay mas alegría en el cielo por un pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan* (1). La Iglesia, como Jesucristo, se sienta en la mesa del publicano, permite que los pecadores la toquen con su mano, conferencia con la Samaritana, y se hospeda en casa de Zaqueo.

Desde este horizonte, que es el único verdadero, debeis, querido amigo, considerar vuestros deberes respecto á la Iglesia. El primero es la fe en ella.

Vos rezais cada dia el Símbolo de los Apóstoles: él empieza por esta palabra, que es el principio de la vida espiritual: *Creo*. Y esta palabra solo se pronuncia dos veces en todo el Símbolo: desde luego en su

(1) Luc. xv, 7.

principio, y se refiere á Dios *Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra*, y á *Jesucristo, su único Hijo*, y á los principales rasgos de su encarnacion y de su vida entre nosotros. Llegado allí, el Símbolo toma un nuevo curso; dice segunda vez esta palabra *creo*: y ¿á qué se refiere? Escuchadlo: *Creo en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica*. Atendida la union de las tres divinas Personas, parece hubiera sido natural no separar el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, sino comprenderle con ellos en el primer acto de la fe apostólica. Mas no debia suceder así. El inspirador de los Apóstoles, el mismo Espíritu Santo, ha querido en esta ocasion separarse de las otras dos Personas de la santísima Trinidad, y unirse á la Iglesia por medio de una conexion inmediata, á fin de indicar que entre él y ella el lazo es tan íntimo como la palabra que lo expresa: *Creo en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica*.

Esto es lo que Jesucristo habia anunciado á sus Apóstoles: *Rogaré á mi Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente; á saber, el Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros* (1). Promesa que se cumplió solemnemente el dia de Pentecostes; dia en el que los Apóstoles se vieron de repente inundados de luz y de fuerza, y obtuvieron tal seguridad de la eterna mansion del Espíritu Santo con ellos, que reunidos poco tiempo despues en concilio, no vacilaron en expresar en la siguiente forma su soberana decision: *Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros* (2). ¿Debe, pues, extrañarse que en el Símbolo, testimonio y prenda de su fe, nos dejen la herencia de las promesas que ha-

(1) Joan. XIV, 16 et seq. — (2) Act. xv, 28.

bian recibido para la eternidad, diciendo de la Iglesia, bajo el sagrado sello de su apostolado: *Creo en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica?*

Así pues, de la misma manera que el Espíritu Santo habia *hablado por los Profetas*, segun afirma el Símbolo de Nicea, habla hoy por la Iglesia católica. Mas con la diferencia, de que en los Profetas no tenia sino un órgano interino ó pasajero, mientras en la Iglesia católica tiene su permanente mansion. Él reside allí eternamente, segun la palabra de Jesucristo, no para revelarle nuevos dogmas ó nuevas leyes, sino para asistirle en la conservacion y propagacion de las verdades y mandamientos que ella de Jesucristo recibió. Antes de Jesucristo el Espíritu Santo inspiraba á los Profetas para que anunciaran el reino de Aquel que debia consumarlo todo: venido ya Jesucristo, dadas á los hombres su palabra y su sangre, todo, en efecto, ha sido consumado, y la funcion de Consolador prometido á la Iglesia no es otra cosa que habitar en ella á fin de conducirla por siempre en la luz y camino de su Fundador. Ya no estamos nosotros en la era de una revelacion progresiva, sino en la de una sociedad unida á Dios por una fe estable. Y el apoyo de esta fe es Jesucristo, piedra de todo el edificio, por medio de dos columnas que á su vez le sostienen, las Escrituras y la Iglesia: las Escrituras, monumento de los milagros de lo pasado; la Iglesia, monumento de un milagro que está á nuestra vista, y que no tendrá fin en la tierra sino para no tenerlo en el cielo. Las Escrituras nos dan la fe en un recuerdo inmortal; la Iglesia nos la transmite viva, activa, asistida del Espíritu de Dios, preguntando á las almas y contestándolas. Por ello la fe, cristiana por Jesucristo, divina por las Escrituras, es católica por la Iglesia, y las tres forman en el creyente una sola luz bajo una total autoridad.

Vos debeis, pues, creer en la Iglesia; y esta fe os preservará del espíritu de cisma y herejía. Ella pondrá en vuestras manos las riendas de vuestra inteligencia, y ella la que os hará superior al mundo y al ascendiente de los talentos insidiosos. Porque, un día lo sabréis mejor que hoy, la inteligencia del hombre es débil contra sí misma, y mas débil aun contra el mundo y el ascendiente de la superioridad. Si no creéis firmemente en la Iglesia, creeréis en vos mismo, y si creéis en vos, creeréis al primero que os salga al paso con mas ciencia ó talento que vos. Horror causa pensar en la esclavitud de los espíritus fuera de la Iglesia. Jesucristo es el único que por medio de la Iglesia emancipa los espíritus; y el mas profundo grito de libertad que se ha levantado jamás en el mundo es este: *Creo en la santa Iglesia católica*. Así como la sociedad civil bien ordenada libra de la injusticia á los hombres, la Iglesia libra del error á los espíritus. La sociedad civil es madre del derecho; la Iglesia es madre de la verdad. El que se sale de la sociedad civil se hace tirano ó víctima; el que se sale de la Iglesia se hace esclavo ó dominador del ajeno pensamiento.

Repetid, pues, desde el fondo de vuestra alma, este grito de emancipacion de las almas: *Creo en la santa Iglesia católica*. Esto es, creo en la sociedad que Dios ha fundado en la luz y el amor; creo libremente en Dios, presente en la Iglesia por su espíritu, para no creer ciegamente en los hombres y en sus invenciones; creo en la verdad socialmente promulgada y enseñada, para no creer en el error concebido y promulgado personalmente; creo en las orillas del mar, para no vagar sin esperanza en su inmensidad.

Sin embargo, querido Manuel, puede ofrecérseos una tentacion, sea que os la lleve el viento del protestantismo, ó ya el orgullo de la independencia in-

teriormente os la sugiera. Se os representará la Iglesia dividida en dos desiguales porciones: la una compuesta de simples fieles, cuerpo ciego y pasivo; la otra del Papa y de los Obispos, cuerpo soberano y opresor, no dejando á sus súbditos sino la sumision de la inteligencia en lugar de la razon, y una obediencia absoluta de la voluntad. Y se os preguntará: ¿Á esto llamais emancipacion? ¿queda salvado con esto el honor de las almas, dándoles una seguridad digna de ellas?

Podria contestaros que no hay sociedad sin un poder directivo: mas semejante respuesta ni aun á mí mismo me satisfaria, pues no todo poder es justo y honroso: hay poderes tiránicos, malhechores y hasta impíos. Cuando se trata, pues, de juzgar una sociedad, no basta, para defenderla de la acusacion de tiranía, contestar que toda sociedad supone un gobierno, y todo gobierno un poder; trátase de probar que aquel poder es lo que debe ser, legítimo en su origen, honesto en sus medios, equitativo y liberal respecto á sus súbditos, digno, en fin, de los hombres que gobierna y de Dios que representa.

Ahora pues, para un hombre que cree en Jesucristo, ¿qué poder hay mas legítimo que el de los sucesores de san Pedro y de los sucesores de los Apóstoles? ¿de san Pedro á quien Jesucristo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra atado quedará en el cielo, y cuanto en la tierra desatares en el cielo desatado quedará* (1)? ¿de los Apóstoles, á quienes solo decia tambien: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra; id, pues... y yo estoy con vosotros todos los dias hasta la*

(1) Matth. xxviii, 16, 18, 19.

consumacion de los siglos (1)? No es, por lo tanto, sobre este punto que intento llamar vuestra atencion, sino sobre otro que quizá os habrá pasado mas desapercibido. ¿Habeis considerado alguna vez que el Símbolo de los Apóstoles no pone en nuestros labios: *Creo en el Papa y en los obispos*, sino *Creo en la santa Iglesia católica*? Es, querido amigo, que la fe verdadera, la fe indefectible en Cristo y en sus enseñanzas no es patrimonio exclusivo de san Padro y de los Apóstoles, del Papa y de los obispos, sino que es del inajenable, inamisible, absoluto dominio de toda la Iglesia. Nosotros creemos en la Iglesia porque la Iglesia cree, y nosotros creemos en el Papa y en los obispos porque ellos creen con la Iglesia y como la Iglesia. Usando una expresion de san Pablo, digo que la Iglesia es sobre la tierra *la columna y el firmamento de la verdad* (2). Algunos de sus miembros pueden hacer traicion á su bautismo faltando á su fe; mas la fe comun subsiste á pesar de los extravíos de algunos, y la cristiandad permanece sentada en una inmoble solidez. Perdiera la fe, y perderia la vida. La fe para el cuerpo de la Iglesia es lo que la sangre para el cuerpo del hombre. El cuerpo del hombre tiene una cabeza, como tiene un Jefe la Iglesia; mas la cabeza vive de la sangre que el corazon le envía, y el Jefe de la Iglesia vive de la fe que recibió en su bautismo, cuando todavía no era mas que un extranjero en el reino de Dios.

No hay, pues, entre nosotros separacion de castas, ni dominio de los unos sobre los otros. La fe es nuestra comun herencia; ella es la sangre que nos transmitieron nuestros padres; nuestro derecho y nuestro deber comun y universal; el bien de todas las almas, desde el trono de san Pedro á la tarima del niño que

(1) Matth. xxviii, 18, 19, 20. — (2) I Tim. iii, 15.

sirve al sacerdote en el altar. Antes de recibir en su frente el carácter que le constituye juez de la fe, era el obispo un simple fiel; creia todo lo que cree, defendia todo lo que defenderá, y si un día, en un concilio de la cristiandad, vota soberanamente sobre cuestiones planteadas por el cisma ó la herejía, al promulgar el dogma ecuménico no dirá como tampoco dice cantando el Símbolo apostólico: *Creo en el Papa y en los obispos*; sino: *Creo en la santa Iglesia católica*, y en su nombre proclamo la fe que siempre ella ha profesado.

Sin duda el Papa y los obispos están particularmente asistidos del Espíritu de Dios para juzgar de la doctrina; mas esta asistencia solo tiene por objeto hacerles exactos intérpretes de la fe de la Iglesia, sea que esta resulte de una tradicion oral evidente, sea que resulte de esta tradicion por lógica consecuencia. Siempre la Iglesia está en el fondo de todo, y todo lo decide siempre la fe de la Iglesia. El Papa y los obispos no inventan nada de lo que nosotros debemos creer: escuchan nuestra fe en la respiracion de nuestra alma, y condenando á cuantos se separan de nosotros por una interpretacion privada, nos dan con la solemnidad de sus decretos la perpetuidad y la universalidad de la enseñanza que nos une. Ellos son los infalibles heraldos de lo que nosotros somos, los guardianes del tesoro cuyo depósito constituimos todos nosotros, un eco del Espíritu Santo que llena nuestros pechos, y el que se aleja de aquellos, ya se habia alejado de nosotros por un preconcebido destierro. No es el concilio de Nicea el que ha hecho la divinidad de Jesucristo; la divinidad de Jesucristo creida por la Iglesia hizo el concilio de Nicea; y así, en otro sentido, no es el concilio de Trento el que hizo el protestantismo, es el protestantismo que hizo el con-

cilio de Trento, negando de antemano, contra la fe de la Iglesia, todo lo que Trento ha condenado.

Fácil os es, pues, pronunciar en vuestro corazón este artículo del Símbolo: *Creo en la santa Iglesia católica*. Pero la fe que para ella os pido es una fe viva, ardiente, que penetre hasta las raíces de vuestra inteligencia, y trace en ella un abismo de plácida certidumbre. Quiero que en esto sintáis como si el mismo Jesucristo os llevara, sosteniendo vuestros piés con sus manos, y teniendo bajo de él y de vos el mar. Pues hé aquí lo que es la nave Iglesia. Así es como ella pasa al través de los siglos, llevándoos consigo en el infinito espacio de su seguridad.

Pero, Manuel, la verdadera fe, la fe viva y profunda, jamás va sola. Tiene una hermana que jamás la abandona, y se llama esperanza. Cuéntase que en Roma había dos templos que se tocaban por el ábside; el uno estaba consagrado á la virtud, el otro al honor; y que no se podía entrar en el segundo sino pasando por el primero. Lo propio sucede con la fe y la esperanza. Es imposible la esperanza al que no cree. La primera recompensa del que cree es esperar. Si creéis en la Iglesia esperaréis en ella, no solo como á origen seguro de vuestra inmortalidad futura, sino como á manantial de todo terrestre bien entre los hombres y las naciones: *Buscad el reino de Dios y su justicia*, ha dicho Jesucristo, *y lo demás se os dará por añadidura* (1). La justicia del reino de Dios es el principio del orden en el cielo y en la tierra; y el orden no es una alineación matemática de las cosas, una simetría vacía solo formada por relaciones de número, peso y extensión; el orden es el pensamiento de Dios realizado en lo que no es él; es su ar-

(1) Matth. vi, 33.

monía, su paz, su fecundidad, su simpática llama, una sombra resplandeciente de la vida que posee y que le hace feliz. Sabeis, caro amigo, lo que os sucedió al salir de la esclavitud y de la confusión de vuestros años de efervescencia, cuando por primera vez sentísteis la presencia activa y sincera de Dios. Vuestra alma, que era esclava de vuestros sentidos, y que no concebía la posibilidad de someterlos, conoció de repente su imperio, semejante al rey joven que acaba de ser elevado al trono de sus padres, y que al salir de la basílica en la que recibió la unción real, encuentra inclinadas ante él todas las frentes, y los corazones todos embriagados en deseos de obedecer á su menor mirada. Vencedor así del pecado, teníais en vuestra alma el cetro de la justicia y la espada del combate. Si las ilusiones pasadas remontaban todavía hasta vuestra sorprendida imaginación, encontrábais en ella una doble guardia: la de la razón inundada de los resplandores de la fe, y la de la voluntad robustecida por los divinos mandamientos. Parapetado en esta fortaleza, oíais las amenazas de la seducción y las iras del escepticismo; pero la majestad de vuestro imperio os sostenía interiormente, y desde vuestra conciencia se difundía en todo vuestro ser una unción de paz que os tenía arrobado en la posesión de vos mismo. Esto era el orden. Y lo que el orden en vos hizo, lo que cada día en vos ejecuta, lo realiza donde quiera que Dios le envía, como la luz y el calor del día unidos á la sombra de la noche derraman en el seno de la naturaleza la serenidad fecunda que la adorna y nutre.

Si ya no se trata de un alma, sino de una familia; si ya no se trata de una familia, sino de un pueblo; si ya no se trata de un pueblo, sino del género humano, el orden no cambia de esencia, aunque dilata su eficacia; y produce en un teatro mas vasto estos mi-